

Sobre la literatura en la adolescencia

Francisco Alonso

1. Lo que se gana con la literatura

La lectura de narraciones desempeña un importante papel en la formación y desarrollo de la personalidad del lector. La madurez comunicativa del sujeto necesita adentrarse en mundos ficticios para contrastar su imaginario con la realidad y construir el sentido de su experiencia. Las historias de ficción permiten proyectar los factores afectivos originarios de nuestra personalidad y ello tiene una incidencia especial en la adolescencia, etapa en donde la dependencia del grupo y la elaboración ficticia de su propia realidad hace que el joven viva una especie de biografía imaginaria.

La literatura se inventó como una lucha por el sentido del existir. El hombre contaba cuentos y se contaba a sí mismo. Todas las sociedades han buscado ligar el uso de unos contenidos simbólicos con la palabra. Las creaciones literarias, y antes los mitos, las leyendas populares y los cuentos de

La ficción literaria permite al adolescente vivir varias vidas y afrontar su imaginario y sus deseos en un marco de conocimiento y placer.

hadas, han cristalizado como textos narrativos ficticios. Lo que interesa destacar ahora es que estamos ante construcciones verbales que permiten al lector una reelaboración imaginaria de su propio mundo interior, y esto es así porque en la lectura literaria la productividad del texto se sitúa en el choque de nuestro imaginario con realidades ficticias.

Se puede vivir sin literatura, sí, pero a costa de no ver otros mundos, de prescindir de saber lo que otros personajes hacen o sienten, o lo que nosotros haríamos o sentiríamos. También, de prescindir de vivir situaciones de angustia o placer, de dar respuesta al fracaso o al dolor, de recibir informaciones sobre problemas humanos generales o cuestiones relativas al campo de los afectos y sentimientos, también las relativas a la sexualidad (Mareuil, 1977). En definitiva, sin lectura literaria se ignora la solución que los escritores dan a un conflicto humano que han planteado previamente.

2. La construcción del yo adolescente

En la adolescencia el sujeto se enfrenta a cambios tanto en su cuerpo como en su mente. El cuerpo alcanza la madurez sexual reproductora y su mente revive desde el periodo de latencia postinfantil para asumir una primera imagen de personalidad propia. Si al nuevo cuerpo del adolescente no se llega sin dolor, otro tanto le ocurre a la mente que vive tres duelos simultáneos:

la pérdida de su cuerpo infantil, la pérdida de sus padres de la infancia y la pérdida de su identidad infantil. En este proceso, del cual surgirá una persona transformada, se desarrolla una lucha feroz entre lo que se es y lo que se desea o se imagina que se es.

Podría generalizarse diciendo que en la adolescencia predomina lo sentimental e impulsivo frente a lo racional y calculado. Se está aprendiendo a vivir y a la vez todo se vive con la máxima intensidad. Sin duda es el momento ideal para la crisis y la catarsis, para interiorizar la lectura literaria en función de sus intereses y preocupaciones. El papel de la ficción literaria es importante en la construcción del yo. La literatura permite al adolescente vivir situaciones de adversidad y angustia, tomar conciencia de pulsiones que llevan al sexo o a la violencia y aligerar su tensión psicológica mediante una construcción verbal; y es que vivir en su imaginación y por personajes interpuestos favorece la comprensión de sus propios deseos y problemas. A este respecto uno de los errores que aparecen en las clases de lengua y literatura de la enseñanza secundaria actual, es olvidar que la dimensión principal de la lectura es emotiva, que leer literatura moviliza contenidos del inconsciente y de lo emocional y, en consecuencia, que es la actividad principal —según algunos casi la única posible (Petit, 2001)— que se debería tener en cuenta en la educación literaria. El adolescente toma posición enseguida ante lo que sucede en un relato y se sitúa

ante lo que hacen los personajes experimentando sentimientos de atracción o rechazo.

La conclusión principal es que el valor que atribuye al texto, lo que al adolescente le dice, la razón de que le guste o no, está en relación directa con el contenido emotivo que mueve y con el impacto, placentero o no, que le crea.

¿Qué podemos hacer entonces para animar a los jóvenes a leer? De leer para constatar, saber o comprobar algún contenido del programa de estudios, habría que pasar a leer por leer. Para ello y desde los institutos de secundaria, habría que aprovechar los resquicios de los programas docentes y plantear lecturas concretas que se justifiquen en sí mismas y, en un momento posterior, hacer hablar a los alumnos sobre la lectura. Discutir entre varios los aspectos temáticos sugeridos por la obra, los conflictos implicados en el argumento, la administración de la información por el narrador, las decisiones de los personajes sobre sus vidas, lo que nos propone el final de la obra. En definitiva no hay que "estudiar" la obra. En estas edades el placer de la lectura se desvirtúa si hay que estar pendiente de recursos expresivos o de realizar un análisis abstracto de la obra (Moreno, 2003). Si la obra literaria tiene por principal objeto su lectura, el objetivo

de la educación será respetarlo y no ir mucho más allá. Una forma de acercarse a este disfrute es plantear directamente para qué sirve la lectura.

3. Leer para soñar

Uno de los componentes de la mente adolescente es fantasear. Ante su vida personal y familiar, el joven frecuentemente recurre a una elaboración fantaseada de su propia situación y se la cree hasta el punto de vivirla como real¹. Esta biografía ficticia pero vivida en muchos casos como la única real, lleva directamente a la literatura. Soñar es inventarnos a nosotros mismos, imaginar lo que pudimos haber sido y también lo que podremos ser. Soñar es el único modo de hacer que nuestra vida racional se asome al deseo. No hablamos del sueño del que duerme, que nos devuelve temores y deseos inconscientes; hablamos del sueño del despierto, del fantaseo, de la invención de otros mundos y otras vidas.

Se sabe que los deseos no satisfechos son los promotores tanto de la invención como de la lectura de fantasías (Freud, 1976 a). La fantasía que es la realización de un deseo, viene a corregir o suplantar una realidad que no satisface. Al leer novelas hacemos también algo más: vivimos una pluralidad de

1. Esta *vida fantaseada* es definida por David Elkind (1978) como *fábula personal* y se trata de la historia de sí mismo que uno se cuenta a sí mismo. En el caso de la adolescencia esta noción se completa con la idea de *audiencia imaginaria* que le lleva al joven a actuar y reaccionar frente a una audiencia irreal que también es resultado de su fantasía.

vidas y por tanto ensanchamos la propia². Desde la melancolía de lo que pudo ser y no fue, nos enfrentamos a la muerte, al peligro, a las pérdidas, a la rutina. Exactamente igual que el espectador de un cuadro atribuye estados mentales a las figuras representadas o el espectador de una película atribuye motivaciones a los personajes, el lector de ficciones se pone en el lugar de las figuras del relato y se refigura: se representa a sí mismo como otro en ese mundo ficticio.

4. La experiencia de conocimiento que se obtiene en la ficción

Para dar sentido al relato el lector debe hacer algo más que seguir las acciones narradas y el diálogo de las voces narrativas. El lector parte guiado por un esquema mental del tipo: una localización, más unos personajes, más una complicación o problema, más un desenlace final; a la vez que hace esto, va comprendiendo y dando sentido a toda la historia con un sistema de deducciones, expectativas y presuposiciones basadas en su propia experiencia vital y conocimiento del mundo. Visto así, se entiende el modo en que el lector joven comprende las historias, implicándose con mayor o menor intensidad en la medida en que le hablen de su propio mundo.

El texto literario, planteado de esta forma, permite una lectura abierta. Los argumentos encierran un conflicto psíquico. El conflicto se plantea desde dentro de los límites del mundo del relato por acontecimientos o hechos que hacen o sufren los personajes y el lector revive o refigura desde su propia realidad. El lector piensa y siente lo que se le presenta y obtiene con ello una ganancia emocional. Este es el efecto que la obra provoca en nosotros. Se produce una resonancia entre la ficción y algún conflicto del lector. Hay ganancia de conocimiento y por tanto goce en tanto que reflexionamos sobre lo que las novelas reflexionan. De esta manera, el joven no leería para descubrir racionalmente su yo, no estamos ante una terapia sino en lo contrario, el joven leería para acceder por medio de la trama, la emotividad y la identificación a una figuración de su propio yo. La lectura y escucha de ficciones no se presenta, pues, como un enigma sino como la solución del enigma (Ricoeur, 1982).

5. La educación literaria

En el mercado de las diversiones, el goce literario ocupa un lugar propio. Esto es así porque lo que está en juego es la experiencia emocional e intelectual que el libro propone. La motivación psicológica directa

2. "La ficción multiplica las vidas, da al lector una pluralidad de vidas, es un modo de ensanchar la existencia. La vida está llena de renunciaciones que nos permiten olvidar incluso la principal amenaza: nuestra desaparición. Lo bueno de la ficción es que nos presenta la muerte, el peligro, la pérdida, la rutina, lo que no fuimos y lo que no somos, el paralelo de nuestro devenir, pero a la vez permite distanciarse y sobrevivir a los personajes con quienes nos identificamos. De la ficción salimos indemnes, de la muerte real no." Freud (1976 b).

que nos lleva a leer ficción es de orden hedonista. Por ello el placer desempeña un papel central en nuestros usos de la ficción. Incluso es el criterio que empleamos para hablar del éxito o el fracaso de una obra de ficción.

En una sociedad que dispone de más de 6.000 millones de páginas web, que prácticamente son una enciclopedia universal, ya no se lee literatura para obtener información o conocimientos. Hoy el componente principal de la lectura literaria es el goce, la diversión del sujeto y ello desde unos planteamientos de oferta y demanda semejantes a los de otros espectáculos artísticos como el cine, el teatro, la pintura, la música. Por ello, tanto la misión formativa atribuida a la enseñanza de la literatura, como sus propias expectativas de disfrute, desbordan el planteamiento tradicional de la enseñanza de la literatura en la secundaria, que consiste esencialmente en la memorización de conceptos sobre épocas literarias, autores y obras, junto a la lectura —generalmente fragmentos— de clásicos indiscutibles del panteón literario. Aunque es triste constatarlo, a veces la asignatura sólo le sirve al alumno para confirmar que no le interesa o que está ante un mero trámite académico. En realidad la literatura más leída es la menos enseñada y la que está más ausente en la biblioteca escolar. Entre los adolescentes es muy clara la distinción entre

lectura de clase y lectura de placer. En muchos casos la cultura con mayúscula se convierte en exclusión del goce lector y lleva al suspenso académico³.

En consecuencia, trabajar con la literatura en la adolescencia exige tener en cuenta la edad psicológica y la capacidad de comprensión real del lector y, por otra parte, realizar una selección de títulos coherente con sus posibilidades y gustos. Con quince años, no es posible que su introducción a la lectura literaria se reduzca a la lectura de fragmentos literarios de por ejemplo quinientos años de evolución de la narrativa, la poesía o el teatro, y ello entremezclado con el estudio de conceptos lingüísticos. Esto sólo servirá para acumular informaciones generalmente metaliterarias, pero no para avanzar un centímetro en interpretar y valorar lo que les dice un relato o una novela completa. Sin goce no hay lectura, repetimos, y sin ella es imposible interpretar y valorar.

Contra todo esto, habrá que plantear la lectura como la actividad más importante en las clases de literatura, después se podrá abordar la puesta en común y discusión de lo que dicen las obras leídas. La historia contada interesará a los jóvenes en la medida en que hable de los temas sobre los que sienten curiosidad. En definitiva, lo que el lector adolescente desea es que la ficción

3. "¿Qué tipo de experiencia promueve la literatura en los alumnos? ¿Cuál es el sentido de enseñar literatura en la escuela? ¿Cuáles son los modos más apropiados de enseñar y aprender literatura?" Bombini (2001).

incluya sus propios sentimientos y estimule su imaginación, de manera que esas obras reflejen sus alegrías, goces, ansias, temores y problemas.

6. La escuela no inculca el hábito de la lectura

La edad más lectora está entre los 10 y 12 años. Los datos sobre los hábitos de lectura revelan que el principal reto en el fomento de la lectura literaria no es familiarizar a los niños con los libros sino evitar que se alejen de ellos al llegar a la adolescencia. Está comprobado que los libros pierden su atractivo inicial a medida que los contenidos narrativos ceden terreno a las materias de estudio y a los textos más especializados. Según datos recientes de diferentes organismos, a un 76% de los estudiantes de primaria (6 a 12 años) les “gusta mucho” la lectura, sin embargo en el sector de enseñanza secundaria (13 a 16 años) el gusto por leer desciende hasta el 8%⁴. Un trabajo más reciente⁵ mejora este resultado y la lectura de los adolescentes se sitúa en torno del 28% y el 17%, aunque aquí se tiene en cuenta no sólo a los que leen literatura sino también, historietas, revistas y periódicos. Parece evidente, pues, que los adolescentes no vislumbran la lectura como una práctica divertida y frecuente.

La razón principal es que no la consideran como un estímulo para su imaginación⁶ y tampoco ven en ella un reflejo de sus intereses. Son chicos que están en plena transformación personal y que suelen rechazar los consejos de padres y profesores. Se ha comprobado que de todas las actividades y ocupaciones que prefieren dentro de su tiempo libre⁷, leer ocupa la penúltima posición al lado de “no hacer nada”.

De los datos anteriores podemos concluir que la escuela no hace progresar el hábito lector. En contra de lo que parecería lógico, los jóvenes al ganar autonomía van prescindiendo de la lectura en beneficio de otras formas de diversión. La escuela acentúa su papel normalizador y de control social en el momento más delicado de la enseñanza secundaria (de 14 a 16 años). No busca que el alumno desarrolle su propio camino con arreglo a sus capacidades reales y a su propio ritmo psicológico, al contrario, se encajan contenidos generalmente conceptuales en tiempos lectivos predeterminados, para un proceso de selección académica preuniversitaria que deja fuera a la mitad del alumnado. Aquí radica el fracaso en la creación del hábito lector en los jóvenes. Es difícil que el centro escolar tal y como hoy está organizado sirva para ello. Habría que sustituir el aula por

4. Instituto nacional de Calidad y Evaluación (INCE), 2001.

5. Centro de Investigación y Documentación Educativa (CIDE), “Los hábitos lectores de los adolescentes españoles”, MECD, 2004.

6. Solamente el 21% de los que leen lo hacen “porque les ayuda a imaginar”. CIDE, 2004.

7. Salir con amigos, escuchar música, ir a la discoteca, practicar deporte, ir al cine, ver la televisión, navegar por Internet, jugar con ordenador o consola, leer, no hacer nada. CIDE, 2004.

la biblioteca y la lectura dirigida por la lectura libre. El espacio de lectura nunca será público como lo puede ser la explicación o la divulgación. La lectura es un ejercicio privado, solitario, silencioso, que se apoya en la afectividad e imaginación (Petit, 2001).

Si partimos de la idea de que leer literatura implica dos destrezas comunicativas: la lectura comprensiva y el reconocimiento de las convenciones de la ficcionalidad y sus consecuencias cognoscitivas; el trabajo didáctico es sobre todo de comprensión y no tanto de la explicación. No olvidemos que estamos ante unos lectores adolescentes que no tienen tradición literaria, tampoco criterio formal y añaden un notable déficit de argumentos simbólicos. No es útil, por tanto, poner el acento en la historiografía literaria y menos aún en la dudosa evolución formal de autores y obras literarias. El canon académico es aquí ilusorio y acaban vacías de significación las decisiones didácticas que desde ese supuesto se toman. Es un error *estudiar* las obras del canon por la razón de que resultan ilegibles en esta edad y en el sentido que venimos diciendo. La comunicación literaria no depende de lo que entrega el texto, sino mucho en lo que pasa con el que la recibe. En clase, en un primer momento hay que trabajar la capacidad de lectura de obras con un horizonte comprensible para el adolescente, y en un segundo momento

hay que trabajar la experiencia de conocimiento que se obtiene con la ficción. En la educación literaria lo que podemos enseñar es a detectar esa ganancia de conocimiento, a desmenuzar el comportamiento de los personajes, a reconocer el modo en que afrontan el sentido de su existencia. En definitiva, abordar el trabajo de ensoñación y pensamiento que realiza el lector. Por qué no aprovechar en beneficio del goce literario el mecanismo de la identificación que permite fantasear e imitar desde dentro del mundo ficticio. En realidad el adolescente está muy acostumbrado al uso de la identificación en la publicidad y los juegos interactivos,

Lo que más atenta contra el gusto por la lectura⁸ es el control escolar con exámenes de lectura, ya que el alumno los ve como una intromisión en lo que le dice el libro, en lo simbólico y secreto que él pone en la lectura. Más lejos, algunos opinan que lo no dicho en el texto pero revelable por el lector nunca debería ser objeto de indagación y explicación (Pennac, 1998).

7. Por qué leer

¿Cómo es la vida de un adolescente de hoy? ¿De dónde toma las pautas y modelos para vivir? ¿Qué hacen con sus deseos y sueños? Por qué no decir al joven que la privación afectiva que a veces vive es normal. Que la sensación de aburrimiento o

8. Citado en Petit (2001), René Diatkine, "La formación du langage imaginaire", *Les Cahiers d'ACCES*, num. 4, Paris.

soledad o incomprensión que siente, forma parte de la vida y es la otra cara necesaria del existir. Que el ser humano debe renunciar a una parte de su satisfacción pulsional para acceder a la realidad, y que para escapar de esa realidad insatisfactoria recurre a un mundo de fantasía. Que leer es explorar otras vidas y mundos desde el propio yo. Que a veces se encuentra solución en la ficción a problemas que no la tienen en la realidad. Por qué no explicar al muchacho que ésta es la respuesta a la pregunta sobre la razón de leer, que un eco de lo que siente está en otros libros y que puede perderse en ellos como si fueran un escenario prestado.

El adolescente puede sentirse diferente de los demás leyendo, puede no hablar con nadie y hacerlo sinceramente con el libro o con su autor. Para leer, en silencio y a solas, se separa del grupo y se ensimisma, siente lo que le sucede a su yo, se imagina a sí mismo de otra forma. Finalmente, por qué no hacerle ver que no necesita grandes preparativos: basta con tener tiempo libre, querer estar en otra realidad y disponer de un libro buscado o sugerido. A veces se puede hacer en el centro escolar, a veces, al contrario, serán las bibliotecas no escolares el lugar para el secreto, para la elección libre.

Bibliografía

- BOMBINI, G.: (2001), "La literatura en la escuela", en *Entre líneas. Teorías y enfoques en la enseñanza de la escritura, la gramática y la literatura*, Maite Alvarado, Flacsomanantial, Buenos Aires.
- ELKIND, D.: (1978), *Niños y adolescentes. Ensayos interpretativos sobre Jean Piaget*. Barcelona.
- FREUD, S.: (1976 a), "El creador literario y el fantaseo (1907)", vol. IX, *Obras completas*, Amorrortu Editor, Argentina.
- FREUD, S.: (1976 b), "De guerra y muerte. Temas de actualidad (1915)", vol. XIV, *Obras completas*, Amorrortu Editor, Argentina.
- MAREUIL, A. (1977), *Le livre et la construction de la personnalité de l'enfant*, Casterman, Paris.
- MORENO, V., (2003), "¿Qué hacemos con la lectura?", en *Cuadernos de literatura infantil y juvenil*, nº 166, (7-13).
- PENNAC, D.: (1998), *Como una novela*, Anagrama, Barcelona.
- PETIT, R., (2001), *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, Fondo de Cultura Económica, México.
- RICOEUR, P.: (1982), *Imagination et métaphora*, Paris.

Resumen

Durante la etapa de la adolescencia, la ficción literaria es un factor importante en la construcción del yo. En la soledad de la lectura de obras literarias puede el joven encontrar cuestiones referidas a sus propios afectos, sentimientos, problemas y también las referidas a la sexualidad. Sin embargo, la enseñanza de la literatura en esta etapa va en dirección contraria, a juzgar por su fracaso a la hora de formar lectores al margen de los trámites académicos. El fomento de la lectura pasa por replantear de nuevo el papel de la ficción literaria en el deseo del lector y por redefinir su perfil como materia enseñable asociada a la lengua.

Palabras clave: Literatura, adolescencia, educación literaria, fomento de la lectura.

Abstract

During adolescence, fiction literature plays an important role in the ego construction. Young people may find issues regarding their own affections, feelings, problems and sexuality in the solitude of reading. However, the teaching of literature at this stage goes in the opposite direction considering its failure in creating readers outside the academic circles. The encouragement of reading is a matter of redefining the role of fiction literature and rethinking its characteristics as content related to Language teaching.

Key words: Literature, adolescence, literary teaching, encouragement of reading.

Francisco Alonso

Instituto Universitario de Ciencias de la Educación

Universidad Autónoma de Madrid

francisco.blazquez@uam.es

